

El español del año

Cuando faltan escasas horas (escribimos en miércoles por la tarde) para que en el Hotel Ritz de Barcelona queden proclamados los «Mundiales del Año», que organiza la revista «Mundo» y en el que figuran como miembros del Jurado los directores de todos los periódicos barceloneses, parece seguro que el puesto de «Español del Año», nadie se lo podrá arrebatarse al presidente del Gobierno, Adolfo Suárez.

Era natural que así fuera, porque al margen del gran índice de popularidad que la figura de Adolfo Suárez ha sabido concitar, su labor política en este difícil momento de transición, desde un Régimen de poder personal y carismático hacia fórmulas de participación, justo es reconocerlo, ha sido importante y de una entrega sólo posible para hombres de auténtica categoría y, aunque la frase no guste a algunos; inasequibles a cualquier clase de desaliento.

Cuando nadie o muy pocos eran capaces de apostar a favor del éxito de su gestión, Adolfo Suárez se ha sabido revelar como un político joven —el más joven presidente de gobierno de Europa— y de indudable garra y superior entendimiento de lo que el país esperaba en el momento que a él le ha tocado protagonizar en este primer año de rodaje de la Monarquía encarnada por don Juan Carlos I de Borbón.

Aquí, puede que esté el secreto de la gran labor —ingente labor diríamos— de Adolfo Suárez: en haber llegado al poder de la mano de un Rey joven y sabedor también de lo que quiere su pueblo y lleno de disposición a dárselo, cueste lo que cueste, traducido en horas de entrega y sacrificio. En consecuencia, el momento histórico que le ha caído sobre los hombros a Adolfo Suárez y el modo como lo está sirviendo a la cabeza del Gobierno de su país, merece al menos el reconocimiento de todos los españoles y de alguna manera, ese título de «Español del Año» viene a ser un refrendo de tal reconocimiento.

HABLANDO EN PLATA

La absoluta soledad de los alcaldes

Evidentemente en esta etapa de cambio, son muchas las figuras públicas que han de disputar su batalla diaria en solitario. Pero ninguna en soledad tan absoluta como el alcalde.

Sin entrar en valoraciones sobre las cualidades del sistema seguido durante estos cuarenta años, ahora tan controvertidos, lo cierto era que los alcaldes tenían el respaldo del aparato político-administrativo del Estado. En el futuro, cabe pensar que así será, tendrán el que les proporcione el aparato del equipo montado por su respectivo partido, o por el que les apoye por razones tácticas o de alianza. Pero, en el momento actual, están abandonados a su suerte.

La llamada oposición no pierde punto para lanzarse sobre ellos, unas veces agitando la razón de insatisfacciones públicas, otras, cuando no hay motivos sólidos para desacreditar su obra, por aquello de que no han sido elegidos por sufragio universal. Desde las tribunas de prensa y radio, en panfletos, octavillas y pintadas, en conferencias y mítines, son puestos, como vulgarmente se dice, a parir. Y ellos han de aguantar el temporal solitos, sin periódicos ni radios que les defiendan, sin panfletos, octavillas y pintadas, sin conferenciantes y mitineros que canten sus excelencias. Ciertamente, los alcaldes están solos con su conciencia y su ilusión. A veces, ni siquiera cuentan con una mayoría de concejales que les secunden.

Nada tiene, pues, de extraño cierto malestar que continuamente expresa. Nada tiene de extraño que se

sientan desfallecer. Se me dirá que tienen un camino muy fácil a su alcance: dejar el cargo. Sí, claro, y eso es, a no dudarlo, lo que buscan determinados sectores políticos. Pero se ha parado alguien a pensar, en serio, lo que ocurriría si de pronto, en estos momentos tan delicados de transición, cuando todavía el pueblo no ha dado con su voto auténtica calificación a nadie, dejarán sus puestos y se marcharán a casa. El vacío sería tan grande que se tambalearía la paz y entraría en barrena la reforma política, con las consecuencias insospechadas que ello comportaría.

No son, pues, casuales los continuos y sistemáticos ataques a todos los alcaldes, desde todos los frentes. Se trata simplemente de provocar su cansancio para que la reforma se tambalee. Por eso, como dicen ellos, si están sirviendo a la comunidad templando gatas en espera de que el pueblo inicie el concierto, si están defendiendo la reforma, sería lógico que los sectores responsables del pueblo, al margen de colores políticos, y sobre todo el Gobierno, prestarán el apoyo necesario para evitar esa angustia que produce la soledad.

Con ello no queremos decir que cese la crítica, nada de eso. La obra pública está sometida a pública censura y cada vez debe estarlo más. Pero una cosa es criticar, que no excluye la comprensión y el aplauso cuando se merezca, y otra es el ataque sistemático al que hoy están sometidos los alcaldes, sean excelentes, buenos, medianos o malos.

Joan del Vallés